

El mar de arena

Por: Lauren Byars

El barco estaba balanceándose un poco mientras navegábamos por el Estrecho de Gibraltar. Iba a España desde Marruecos con mi programa de estudiar en Granada. Yo estaba muy cansada porque los seis días pasados fueron muy largos. Tenía una quemadura del sol, arena en mi pelo y una bolsa pesada en mis manos, pero estaba muy contenta. Pensé que nunca me había divertido tanto como en este viaje. Cerré los ojos y soñé con el Sahara.

El autobús iba muy rápidamente por las calles estrechas de Marruecos entre Fes y Erfoud. El paisaje era variado con montañas grandes, bosques verdes, prados y tierra seca. La mayoría de las personas en el autobús dormían porque era un viaje muy largo—8 horas. Los demás iban despiertos con entusiasmo por la nueva aventura.

Llegamos a un hotel en las afueras de Erfoud a las cinco de la tarde. Había doce “jeeps” que nos esperaban pero no podíamos salir... ¡había una tormenta de arena! Una nube de arena se acercó al autobús y nosotros mirábamos con asombro—nunca habíamos visto algo como esto. Fuimos a una tienda de fósiles y esperamos allí hasta que la tormenta pasó.

Finalmente, a las siete de la tarde, salimos para el desierto. Estaba en un “jeep” con cinco de mis amigas y el conductor era de Marruecos. Él podía hablar siete lenguas y su español era mejor que su inglés así que hablábamos en español. Estaba oscuro y no podía ver el desierto, pero era un paseo muy interesante. No había calles, solo senderos en la arena, y los conductores tenían una competición de quien podía llegar primero— ¡fue loco!

Cuando llegamos al campamento, todos los grupos eligieron carpas. Las carpas son estructuras de mantas encima de palos. Había colchones en el suelo de arena y una luz en el centro del techo. Mis amigas y yo elegimos una carpa con cuatro colchones y entonces fuimos a

cenar en la carpa grande. Cenamos pollo y arroz, comida típica de Marruecos. Era muy tarde cuando finalmente nos acostamos.

Nos despertamos a las cinco de la mañana porque queríamos ver la salida del sol. El aire de la mañana estaba un poco frío y no quería dejar mi cama pero lo hice. No podía verla cuando llegué, pero la vista era preciosa—las dunas de arena estaban como las de la película “Aladdin” y solo veía arena en todas las direcciones. Dos amigas y yo caminamos a una duna pequeña y miramos la salida del sol que era una experiencia increíble. Nunca había visto algo tan extraordinario. Regresamos al campamento y desayunamos con todos los estudiantes.

A las diez, el evento más anticipado pasó—setenta camellos en caravanas de cinco a diez llegaron. Elegí un camello marrón y lo llamé Ramón. Era en una caravana de cinco camellos y nuestro líder era un nativo que se llamaba Lhou. Él era muy alto y llevaba una túnica que era el color del mar y un turbante del mismo color. Me ayudó a cambiar mi bufanda a un turbante. Monté al camello y tenía mucho miedo cuando se puso de pie. Caminamos una hora a un pueblo pequeño cerca de nuestro campamento. Despedimos a Ramón y Lhou y regresamos al campamento. El grupo tenía tiempo libre por el resto del día. Exploré las dunas con una amiga, escuché a música tradicional y una mujer nativa dibujó con “henna” en mi mano. Cené a las diez y me acosté a las once y media. Estaba muy cansada porque el día había incluido muchas actividades divertidas.

Me desperté a las ocho para desayunar y entonces el grupo salió. Los “jeeps” estaban esperándonos otra vez y fuimos a los autobuses en Erfoud. Condujimos ocho horas a Meknes y dormimos allí. El próximo día fuimos a Tangiers y abordamos el barco.

Sonreí al sueño de los días pasados y abrí los ojos. Pude ver Marruecos y España por la ventana al mismo tiempo—una sensación muy interesante. Tenía ganas de regresar a España, pero

la experiencia en Marruecos fue fantástica. Sostuve la bolsa en mis manos fuertemente y pensé:
“Nunca puedo olvidar este viaje y siempre tendré mi jarra de arena para ayudarme a recordar”.